

Escuchar a Sola.

Para no olvidar un nombre. Para no olvidar un cuerpo

Francisca Pérez Prado

No es fácil ofrecer palabras a estas páginas y al recuerdo de Sola. Sus imágenes invaden persistentemente los movimientos de las manos que se empeñan en trazar una memoria de sus voces de sus recorridos, de su presencia rebelde; cada letra que se instala bajo su nombre se sabe frágil, nunca cierta su escritura, nunca definitivamente asegurado su lugar entre estas palabras. Su sonrisa obstinada, que deconstruye la alegría simple de lo cotidiano en fragmentos de lucidez intransigente; el dejo irónico de sus gestos y sus tonos, soportados de la firme dureza de su deseo intransable; la altivez de su mirada, a medias melancólica, como anclada en los trazos pendientes de las escenas que ha recorrido y a medias esperanzada, como creando instantes nuevos; sus desvelos, sus caminatas, las huellas que su propio cuerpo aquilató de una historia de varios lustros de violencia y destrucción; cada instante, todos, interrumpen la posibilidad de este recuerdo, recordándome que ninguno es posible, ninguna memoria, cuando la muerte no ha terminado de escribirse en este paisaje, porque su verdad aún vaga errante, sin nombramiento, sin territorios, sin sepulturas.

¿A quién entonces ofrecer estas palabras, cualquier palabra, a quién ofrecer un recuerdo cuando la muerte no ha terminado de transcurrir, cuando los cuerpos de cada uno, de cada una son un pedazo de muerte?

¿En qué lugar poder reposar nuestros recuerdos, encontrarse, si aún no es posible siquiera terminar de escribir las muertes, sus escenas, sus verdugos?

¿Cómo poder recordar, a quién, si es el olvido lo que nos ha ido mandando como condición de vida?

1. Sola. Su muerte

Murió. Sola. No es nuevo el juego de su nombre. Muchas voces en ese mes de julio hicieron circular la pregunta por su nombre; ¿se llamó siempre así o fue el curso de la vida, de lo que esa vida le fue arrebatando y de lo que ella le fue ganando lo que le dio ese nombre?

Es curioso que la muerte desate la pregunta por el nombre de alguien, de una mujer, y de una mujer que se llama Sola.

Murió. Sola. Siempre se muere solo, sola. Sin embargo, parece hoy volverse más problemático aludir al momento previo de la muerte, a la vida, con ese signo de lo solo, la Sola.

Y es que ese nombre encarna, para este recuerdo, dos problemas cruciales que remiten a un mismo registro; el problema de la desaparición de un cuerpo —que para esos efectos llega a ser todo cuerpo, porque cuando muere uno mueren todos—, que sitúa a la muerte como un inasible de la palabra que podría nombrarla utilizarla, ubicar el gesto de la despedida; el problema de la memoria, de cómo hacer memoria de un cuerpo desaparecido, reevocando su nombre y su imagen, prestando el propio cuerpo

para cargar ese nombre y esa imagen, prestando el cuerpo Sola, hasta el momento de la muerte.

Desde hace ya veintiséis años, han sido cuerpos de mujeres los que, en nuestro país, se han obstinado en hacer memoria –insisto, con sus cuerpos pintados de otros nombres y otras imágenes– de aquello cuyo rastro ha querido ser borrado de modo absoluto, pero que paradójicamente, retorna en cada gesto de desconocimiento, de blanqueamiento; cuerpos que han desaparecido a nuestros ojos, a nuestras palabras, y que no terminan de desaparecer de la tierra que pisamos, ignorantes que se convierte entera en una tumba. Memoria encarnada en esos cuerpos de mujeres, Solas, hecha de olvido; esa es nuestra memoria colectiva, la que nos hace comunidad. No es ley; se encuentra más allá de todo mandato, o en su justo borde, sin dejarse proscribir y sin transar una sola esperanza; no es ley, se encuentra en la fractura de la ley, allí donde todo acuerdo se rompió, donde toda certeza de la vida cayó; pero es condición de ley, condición de vida; nudo que ata las hilachas de lo que, habiéndose querido arrojar a la basura, no puede desaparecer –o sea, la huella del crimen–.

He querido pensar en Sola porque no me parece que nuestros pensamientos puedan, éticamente hablando, prescindir de ese margen de lo real; los míos, al menos, no pueden. Y no se trata sólo de la metáfora de su nombre; se trata de un ejercicio que sólo cada uno, Sola cada una, puede hacer. Como la memoria y su anudamiento; como la escucha.

He querido hablar de Sola porque encarna una postura ética; la del deseo, la de la memoria, la del cuerpo; postura ética que sólo se nos muestra en estos días como sombra de sueños, como fantasma, como susurro de lo que, extraviado, no puede terminar de resignarse porque nos falta, cada día en la ausencia de cada uno de los que han querido excluirse de nuestra memoria común; postura ética que, con su fragilidad y cobardía, nos hace cobardes de nosotros mismos, de nuestros rostros, de nuestros cuerpos y nuestras palabras; postura ética que necesitamos recuperar para recuperar en ella la posibilidad de volver a mirarnos sin temer por la vida; de volver a creer; postura ética, sin embargo, que no ha terminado de desaparecer, porque se ha sabido sostener desde una voz, desde un gesto, desde un saber; más allá de la ley, de la palabra, del contrato, de la sordera que pervierte todo diálogo; una voz, un gesto, un saber –otros; el que los cuerpos de mujeres Solas han encarnado.

Y lo femenino, entonces, se nos aparece como un lugar, como una posición que, margen de ley, al mismo tiempo se hace indispensable para su formulación; lo femenino como lo real –del cuerpo– que se resiste, estructuralmente, a ser contenido en cualquier discurso, en toda negociación, al olvido; pero que, al mismo tiempo, es condición de negociación, de discurso y de olvido; de simbolización.

Pienso que necesitamos escuchar a Sola, y en ella al cuerpo de cada mujer que sostiene, aún hoy, el rostro de los que han perdido sus propios cuerpos, sus nombres. Instalar una escucha, sin embargo, implica el gesto de situar el propio saber como permanentemente incompleto, abierto, ignorante, en cierto sentido, de su propio punto de sostén; escucharnos, nuevamente, atravesando las fronteras de una muerte permanente, pasa por recoger las memorias de Sola; para no olvidar un nombre, para no olvidar un cuerpo. Porque en ella algo ha sido; una muerte, la suya, y todas las que ella recuerda.